

## Dos tipos de caos (desorden) y dos tipos de orden

### I. DOS TIPOS DE CAOS

«Lo primerísimo de todo –decía ya Hesíodo, hace sus dos mil setecientos años–, hizo Caos». «Inmediatamente después hizo Tierra, la de amplias espaldas, asiento seguro para todos». «Hizo» Caos. No dice que lo hiciera alguien; el verbo griego indica que «hizo Caos», como decimos en castellano que «hizo mal tiempo, que hizo buen tiempo», casi en esa forma impersonal de nuestro «llueve», un poco escandalosa para los que creen que para todo hace falta «causa» o, en gramática, «sujeto». El estado caótico de algo surge *porque sí*, espontáneamente. Y es el punto de partida o de arranque de todo universo, y al que, al menor descuido, o con una cierta probabilidad, se vuelve. Y al que hay que volver si se quiere que advenga o venga al ser un *nuevo* universo.

No es denigrar excesivamente a Hesíodo decir que los físicos modernos saben mejor que él cuál es el tipo real, real de verdad y no de fantasía, que es ese Caos al que todo el mundo va volviendo, y al que, por procedimientos bien conocidos, se puede acelerar la vuelta, con o sin la intención y plan de que surja un universo *nuevo*. Se trata, y aludo a la ley de la *entropía*. Dejado a sí mismo el universo material –y sobre tal materia se asienta todo, desde dios hecho hombre, hasta los simplemente hombres–, el universo tiende a un estado en que toda diferencia, diversidad, variedad –de especies, géneros...– queda borrada y difuminada, en favor de una universal uniformidad. Y a aumentar tal dirección ultrademocrática contribuyen los esca-

pes sueltos de autos y motos –¡que Dios confundal–, el azúcar disuelta en el café con leche, las bombas atómicas, los gritos; y todo, absolutamente todo, deja su remanente de «caos», de entropía; no por todo se paga impuesto a la renta, pero por todo se paga impuesto a la entropía. El más ordenado lo paga; paga su pretendido, y a veces pretencioso Orden, con Caos.

Para Hesíodo, como para todo buen griego, la realidad del universo ha existido, y existirá, desde siempre y para siempre. Nada de Creador. Sólo cambian sus estados –su mal tiempo y buen tiempo.

Por los tiempos de Hesíodo, había en otras partes del mundo quienes pensaban y decían, a su manera –poética o profética, o racular o revelada–, que «Alguien» hizo el universo. Así el autor o autores del Génesis.

«Al principio Dios creó los cielos y la tierra.» Pero los creó en estado *caótico*. La tierra, dice la Biblia, estaba yerma y vacía (*inanis et vacua*, traduce la Vulgata) y las tinieblas la envolvían. El cielo estaba no menos desierto. Dios tuvo que decir «hágase luz» para que hubiera luz; y «hágase estrellas» para que las hubiera... Total no hemos salido de Hesíodo. Sin necesidad de revelaciones. Lo que sí ha hecho falta ha sido «palabra creadora»: crear por «decirlo». Y un Alguien, suficientemente potente y sabio, para decir la palabra justa, el *Sésamo, ábrete*. Ese Alguien es el *Gran Mago*.

Y diremos más adelante que «crear, por decirlo». «crear por palabra mágica» ha sido un muy mal ejemplo –para perezosos y creyentes. Por *hablar*, aun correctamente, no se hace nada. Se hace todo, por trabajar. O, como decía un gran literato español, se hace todo por esas «palabras que pasan entre clavo y martillo».

Del Caos de Hesíodo, y del estado entrópico del universo, se sale por evolución. Del Caos bíblico se sale por palabra mágica. La evolución natural se toma, tranquilamente, centenares de millones de años, y aun miles de millones de años. Y creo que los modernos no estamos para aguantar y aguardar tanto. Tampoco creo que, a pesar de la inmensa cantidad de vanidad y soberbia que nos gastamos y ostentamos, nos tengamos por Dioses y Magos –creadores por palabra, por frases-clave.

¿No se saldrá más breve y seguramente del Caos por el trabajo?

## II. DOS TIPOS DE ORDEN

Del caos de Hesíodo se sale al orden *natural*, al orden que va desde el mineral, acéptese el resumen, por el animal al hombre. Y benévola mente creemos que somos los hombres el ápice, insuperable ya, de la evolución universal. ¡Menuda presunción, y poco pueblerina, de los que se creen aún ser la tierra el centro, único, del mundo!

Volveríamos a semejante punto de partida, y a repetir la evolución actual, si hiciéramos, de intento o por descuido, un caos, o desorden indefinido, no planificado en cuanto a límites y fines, del estado actual del universo –físico, social, económico, político...

Es la empresa anárquica, simplona, para simples, que Antonio Machado, poniéndolo en boca de su maestro Mairena, declaraba por palabras como las que voy a transcribir:

«Tomad una chocolatera, machacadla, reducidla a polvo, observad ese polvo al microscopio, perseguid su análisis por los procedimientos más sutiles. No encontraréis jamás un átomo de chocolatera. La chocolatera está formada de átomos; pero no precisamente de átomos de chocolatera. Esta observación parece demasiado ingenua. Tiene, sin embargo, su malicia. Meditad sobre ella hasta que se os caiga el pelo». Meditémoslo con suficiente prisa para no dar tiempo a que se nos caiga el pelo –ni aun a los de más edad.

Si, por un accidente o por decisión, hacemos añicos una de aquellas chocolateras de arcilla de nuestros abuelos, los *añicos* son añicos *de* chocolatera; se los puede reconocer como de ella, y por ellos reconstruirla, un poco al modo como nuestros paleontólogos reconstruyen por ciertos huesos esos inmensos animales «Saurios» –*Tiranosaurius rex*, *Brontosaurus*...–, que con ciertas dudas contemplamos en ciertos museos. *Ex ungue leonem*, «por la uña al león», decían ya los latinos. Si los añicos los reducimos a *cisco*, será más difícil reconocer que son *cisco de* chocolatera, y reconstruirla por ellos. Pero al llegar a *átomos*; los átomos ya no son de nada concreto. Hemos hecho imposible su restauración. Hemos llegado al caos de Hesíodo.

¿*Desorden*, hasta el dominio atómico? ¿O sabremos dónde nos detenemos?

¿Qué cosas vamos a considerar como «chocolateras», que no vale la pena conservar, sino destruir a ver si del caos surge algo nuevo y mejor?

Oigamos la suma sabiduría de Machado:

¿Dices que nada se pierde?  
Si esta copa de cristal  
se me rompe, nunca en ella  
beberé, nunca jamás.

¿Qué cosas, materiales o culturales, vamos a considerar cual «copas de cristal», cuáles como «chocolateras»?

No emprendamos dar palos de ciego indiscriminadamente a todo, lo material y cultural... A palos de ciego se vuelve al caos de Hesíodo, y se abre la probabilidad de una evolución, de un orden, llegar al cual exige miles de millones de años. ¿Quién los puede vivir, y quién tiene derecho a condenar a semejante espera a la humanidad, a los *hermanos*?

Escuchemos de nuevo a Machado:

¿Dices que nada se crea?  
Alfarero a tus cacharros.  
Haz tu copa y no te importe  
si no puedes hacer barro.  
¿Dices que nada se crea?  
No te importe, con el barro  
de la tierra, haz una copa  
para que beba tu hermano.

He aquí el límite de destrucción, y el fin de la recreación o reforma del universo: la *sociedad*. Destruir, cual a vulgares chocolateras, lo que no sirva a una sociedad de *hermanos* –sean los objetos a machacar, chocolateras materiales o culturales. Para mí son chocolateras, chicles y koka kolas –y por supuesto las motos. Pero son objetos preciosos, de cristal –más que de Bohemia–, copas cual la UCV, la Universidad Central de Venezuela, para que no quede lugar a dudas de a qué me refiero. A estas *copas de cristal* no hay que hacerlas estúpidamente, criminalmente, añicos o cisco. En ella beben *los hermanos*, aunque algunos por resentidos y envidiosos, quisieran verla reducida a *átomos*, a partir de los cuales ya no se pudiera reconstruir:

... nunca en ella  
beberé, nunca jamás.

Es verdad que del Caos es de donde surge el mundo, y sólo desde un Caos puede surgir un mundo *nuevo*.

¿Por *evolución*? Largo me lo fiais. ¿Por *palabra creadora*? Hay que ser Dios, para solución tan breve y fácil. Y lo que Dios hizo una vez, no es ejemplo para que le imitemos.

Alfarero, a tus cacharros.

Hay que hacer un caos, para que surja un mundo nuevo, con una condición y un medio. Condición: el bien social de una sociedad de *hermanos*. Medio: el *trabajo*.

Con estos dos criterios reconoceremos a los auténticos revolucionarios:

Que nos traten como a *hermanos*.

Que den el ejemplo de *trabajar*.

Y ¡por amor de dios y de todos los dioses, caribes o no!, dejemos de hablar de revolución, renovación, reforma, en plan de antiguo Testamento: Dijo Dios: «Hágase luz», y «luz fue hecha».